

prestádome dineros, como conoció en mí buena voluntad y deseos de ser su amigo; habiéndome granjeado esto con buenas obras, un día se declaró conmigo, aconsejándome que procurase introducirme en vuestra casa, para que él despues se introdujese en ella; al fin á que esto se dirigió fué á que, sabiendo que tenéis mucho dinero, os robásemos, que con esto que oí en su boca acabé de creer lo que me presumía, que era haber estado preso por ladron en Málaga. Con este pensamiento fingimos una pendencia, me retiré á vuestra casa, donde he hallado tanto favor en vos y tanto agasajo en vuestras caricias, que ellas frustrarán el intento de Crispin; porque desde hoy que os doy cuenta de esta máquina trataré de hacerle á él tiro en la moneda que trae, para castigo suyo, no permitiendo el cielo que á quien tanto me ha favorecido dé ingrato pago con ofensas. Yo os he descubierto mi pecho; ahora disponed de mí lo que fuéredes servida, que no tengo de consentir que os haga daño, aunque yo desdiga de la calidad que os habia fingido.

Admirada quedó Rufina de lo que oía á su galan, considerando la mala intencion de Crispin; que habiéndola en Toledo conocido, trataba de vengar el hurto que le habia hecho en Málaga, y estaba con temor de si Crispin le habia dicho á Jaime quién era y su proceder. Esto de haberse declarado en decir quién era, dando por fabulosa la relacion que la habia hecho, la obligó para declararse tambien con él; y así, en breves razones se desdijo de su primer informe, declarándole su origen y quién fueron sus padres, con lo sucedido hasta haber llegado á Toledo: cosa que habia ocultado hasta aquel punto; mas el amor y el vino hacen hablar mas de lo necesario. Cuadróle al mozuolo que Rufina fuese igual suya; y así, siendo mas conforme la union, trataron de casarse y dejar á Toledo por Madrid; pero que esto habia de ser, decia Rufina, habiéndose vengado primero de Crispin, que estaba indignada contra él por la máquina que levantaba en su ofensa. Ofrecióla Jaime que le dejase á él hacer, que con capa de amistad entraria su engaño, no solo para dejarle sin moneda, mas para asegurarse dél cuando intentase vengarse del arañó; porque habia de dejarle en la cárcel de Toledo; y así, esa misma noche salió de casa de Rufina para verse con Crispin, á quien halló en su posada, bien desconfiado de verle: holgóse mucho con la presencia de su compañero, el cual le dió cuenta de cómo estaba introducido con Rufina y que la tenia medio inclinada á favorecerle; pero que lo que le importaba para asegurarla mas era tener algun dinero que gastar con ella y sus criadas, para que obligada con esto hiciese mas confianza dél y creyese que la amaba. En esto fué estafado Crispin, con toda su antigüedad de ladron, pues para que hiciese ostentacion de lo que habia fingido le dió cien escudos en oro que gastase á su albedrío, esperando de ellos otros tres tantos de logro; sacólos de un talego donde tenia mas de quinientos doblones, habidos en buena guerra; echó toda su vista Jaime al lugar que escondia aquella

amarilla moneda, y juró de dejar al talego sin opilacion de ella, como lo cumplió muy presto. Pues viendo que Crispin salia á dar dos perdices y un conejo á la huésped para que los asase, para cenar con su camarada, él en tanto se llegó á una maletilla, depósito de aquella moneda, y haciendo saltar la chabeta del candado que la cerraba, como diestro en aquel oficio, la abrió, y de ella sacó el talego preñado de doblones para que tuviese su parto en diferente lugar que el dueño se habia pensado. Cenaron muy á su placer, y Jaime se despidió de Crispin, dándole buenas esperanzas que brevemente veria conseguido su deseo. Con esto se volvió á casa de su Rufina, que fué de ella bien recibido; dióla cuenta de lo que le habia pasado con Crispin y de cómo habia pagado con su dinero el atrevimiento de intentar robarla; mostróla los doblones á solas, con que la alegró la vista, que era muy aficionada á moneda, y mas si era en oro. Díjola Jaime cuánto importaba salir luego de Toledo antes que Crispin hallase menos su dinero; mas á esto dió una salida buena Rufina, no obstante que se aprovechó del consejo de su galan en cuanto á la fuga; esta fué valerse del arbitrio de Málaga, dando aviso á un alguacil, muy gran perseguidor de ladrones, cómo Crispin estaba en Toledo, no le ocultando la posada y señas del tal arañuelo de las haciendas. Despues de haber escrito el papel que avisaba de esto, trataron de su partida, en ocasion que hallaron dos carros, que partian luego á Madrid, en que cargaron toda su ropa y demás bienes, y con sola la esclava que les sirviese, se fueron á la corte, piélagos que admiten todo peje, adonde determinaba Rufina estar encubierta hasta saber de Garay.

Dejémoslos poniendo su casa, y volvamos á lo que resultó del papel que recibió el alguacil, el cual no hubo acabado de leerle, cuando puso en ejecucion el aviso que en él se le daba, porque llamando corchetes, fué acompañado de ellos esa noche despues del aviso; y llegando á la posada donde Crispin estaba, con mas esperanzas que un judío de que Jaime le habia de dar entrada en casa de Rufina para hacerle señor de su moneda, fué cogido en su aposento y puesto en la cárcel. Habia poco que un juez de Málaga le buscaba en Toledo, y no hallándole, dejó á este alguacil las señas de su rostro, por las cuales fué luego conocido del que le fué á prender. Lleváronle á la cárcel, y toda su ropa se guardó, en la cual iba, á su entender, la moneda en oro que le habia pillado Jaime, que nunca la habia echado menos, siendo esto favorable para los dos amantes. Lo que resultó de la prision de Crispin fué que, poniéndole á caballo en aquel tremendo potro de madera, fué muy mal jinete en él, hablando lo suyo y lo ajeno; con que sustanciada la causa, le sentenciaron á muerte de horca, para que en ella hiciese cabriolas delante de todo un pueblo; y no fué poca misericordia de Dios venir á parar en esto, arrepentido de sus pecados, porque aunque es este el paradero de todos los de su oficio, las mas veces mueren de muertes súbitas, á la violencia de una escopeta ó al rigor de una espada. Ahorcaron á

Crispin, y del tiempo que fué ermitaño le quedó morir buen predicador en el patíbulo. Bien echó de ver que aquel castigo le habia venido por Jaime, mas como buen cristiano le perdonó á la hora de su muerte.

Rufina y su amante, escondidos de los ojos de Garay, á lo menos ella, vivian en Madrid casados, porque luego que llegaron se hizo la boda. Garay habia pasado á Alcalá, donde le habian dicho que estaba su mujer, y no la hallando allí, comenzó á acompañarse de gente del arañó, y así tuvo la medra; porque siendo hallados en un hurto, todos pasaron por la pena de azotes y seis años de galeras; fué llevado á Toledo en la cadena, y allí, entendiendo que estaba Rufina, la escribió un papel, en que le pedia que pues por su industria habia granjeado lo que tenia, se doliese de su trabajo y le sacase dél, redimiéndole de las galeras con dar un esclavo en su lugar, que esto se hacia cada dia. El portador del papel buscó á Rufina en la calle donde le dijeron; mas luego supo de los vecinos de su casa su mudanza, con que el buen Garay, cargado de hierros, de años y de trabajos, fué á ser batanador del agua y criado de su majestad, con otros muchos que no pretendieron aquel cargo.

## CAPITULO XX.

Saben Rufina y su marido que un autor de compañía de comedias tenia en su poder dos mil escudos, y disponen entre los dos el robárselos; lo logran y marchan á Zaragoza, en donde se establecen, poniendo una tienda de sederia, viviendo como honrados hasta su muerte.

Volvamos á Jaime, que campaba en Madrid lucidamente; presto se acompañó de buena gente, toda amiga de trasportaciones sin ser culta, porque estas eran de alhajas y moneda. Hicieron algunos hurtos rateros con tanta cautela, que no se pudo hacer averiguacion de los delincuentes, con que ellos andaban mas alentados, y nunca ociosos en buscar dónde emplear las garras.

Habia hecho un autor de comedias que asistia en Madrid una lucidísima compañía, de lo mejor que habia en España; esto alentado de un poderoso príncipe, que con el ejemplar que otros le dieron antes, que hacian esto, quiso imitarles aun con mas afecto, no sé si de piadoso en amparar á pobres, ó llevado de otra cosa; al fin, él tomó por su cuenta, á costa de su dinero, el amparo deste autor, y para principio de año le granjeó los mayores cómicos que entonces habia; de manera que tenia dobles los personajes; esto hizo con intencion de que sin ayuda de otro autor tuviese la fiesta del Corpus de Madrid, cosa que no se habia visto hasta allí. Compróle comedias, que le escribieron los mejores poetas de la corte, siendo de este señor pagados y rogados, de modo que les alentó á escribir cortado para esta grandiosa compañía; con que otra que estaba en Madrid, viendo ser sin fruto su competencia, desistió de la corte, y se fué á Toledo, donde tomó la fiesta de aquella imperial ciudad. Quedándose pues este flamante autor en la corte, la villa le dió la fiesta del Corpus, y para lucirse de galas adelantó toda la paga, que fueron dos mil escudos en plata; así se sacó en

condicion, con haber entonces tanta esterilidad de ella, pero fué negociacion de apasionados de la compañía. Llevóse el autor el dinero á su posada, que depositó en un cofre que tenia en su aposento. Tuvo aviso de esto la cuadrilla de Jaime, y queriendo hacerse dueño de aquella moneda, no supieron cómo harian el hurto, discurriendo con varios caprichos. Remitiéronse al parecer de Jaime, que le habian hallado bueno en algunas ocasiones, y él reservó para otro dia el dárselo, por pensarla mas despacio. Aquella noche se retiró con su esposa, á quien dió parte de lo que traian entre manos él y sus amigos. Dudoso de cómo emprenderian aquella hazaña, ella, que era viva de ingenio, le dió el modo cómo consiguiere lo que deseaba, con el aparejo que tenia de ser poeta. Trazaron el hurto, y á la mañana Jaime lo comunicó con sus camaradas, que les pareció muy bien la traza; no se dice, reservándolo para la ejecucion de la empresa.

Vistióse otro dia Jaime de estudiante, comprando de los roperos de viejo una loba muy traída, y aun manchada, requisito de poetas; con ella casó un manteo de bayeta muy raída, calzóse anteojos grandes, y con un sombrero de grande falda, se previno de lo que era menester para lo que intentaba, costándole dos noches de desvelo. Otro dia se apareció en el mentidero, en ocasion que la compañía holgaba, por causa de unas tramoyas que se hacian para una comedia de tres poetas en el corral del Príncipe; halló allí al autor, y llegando á él con mucho comedimiento, despues de haberle preguntado por su salud, le dijo así: Yo, señor autor, por la gracia de Dios, soy poeta, si no lo ha vuestra merced por enojo. Era socarrón el autor, y acostumbrado á verse muchas veces con semejantes figuras, y respondióle: Séalo vuestra merced por muchos años, que no me enojaré por eso. El fundamento de mis letras, dijo Jaime, estriba en haber sido artista en Irache, donde soy graduado de bachiller, con no pocos aplausos de mi nacion, que soy vizcaíno, para servir á Dios y á vuestra merced; mi patria es Orduña, nacido de la mejor sangre de aquella antigua villa; mi nombre es bachiller Domingo Joaicho, bien conocido en toda Vizcaya; allí, no desestimado el bien que el cielo me ha hecho con la gracia *gratis data* de ser poeta, he cursado la poesía hasta venir á dar en hacer comedias; he trabajado algunas con no pocos desvelos, no de estas que corren en estos tiempos, porque son muy extraordinarias las que tengo escritas, que serán hasta doce. Vineme á esta corte, donde hay tan lucidos ingenios, para aprender de ellos y manifestar mi gracia; ha sido mi suerte tan buena, que hallé aquí á vuestra merced con la mas lucida compañía que hay en España, en quien deseo emplear cuanto traigo; esto hallando gusto en vuestra merced para ponérme siquiera media docena de comedias mías, que en cuanto al precio de ellas no nos desconcertaremos; dígame vuestra merced su sentir acerca de mi proposicion. Era este autor diferente que otros, que en llegándoles cualquier poeta á dar una comedia, huyen del tal, si no es de los clásicos, y

aun no quieren oírlo, como si Dios, que dió ingenios á aquellos que están acreditados con ellos, limitara su poder, y no le diera á muchos con mucha claridad. Vuelvo á decir que este autor era muy jovial, y el tiempo que no se hallaba ocupado gustaba de toparse con estas aventuras, y así quiso ver qué títulos eran los de las comedias que traía, porque ellos informasen del ingenio de su autor. Preguntóle que cómo se intitulaban las que tenía escritas. Entonces el fingido Jaime, que hacía aquel papel con mucha socarronería, sacó una memoria de ellas y leyóselas al autor, diciendo:

MEMORIA DE LAS COMEDIAS QUE EL BACHILLER DOMINGO JOANCHO, POETA VIZCAÍNO, HA ESCRITO EN ESTE AÑO EN QUE AL PRESENTE VIVE, CUYOS TÍTULOS SON ESTOS:

*La infanta descañada.*  
*El que tenga, tenga.*  
*Ahi me las den todas.*  
*Escarpines en Asturias.*  
*El Lucifer de Sagago.*  
*La gandaya.*  
*El roto para vestir.*  
*No me los ame nadie.*  
*Tárraga, por aquí van á Málaga.*  
*Los lamparones en Francia.*  
*Turrones donde no hay muelas.*  
*La señora de Vizcaya.*

Estas son las doce comedias que tengo escritas, y de todas ellas no quisiera que otra se representara más presto que la última, por ser cosa de la patria; es una comedia de gran migajón, y casazo para alborotar diez cortes; y pondérola con decir que me ha costado inmenso trabajo hacerla.

Mucho hizo el autor en disimular los golpes de risa que le vinieron oyendo los títulos de las comedias, y quisiera tener mas espacio para gozar del entretenimiento del poeta vizcaíno; lo que le dijo fué: Señor mío, mucho me he holgado de conocer á vuestra merced, aunque hasta ahora no sabia su nombre; justo es que se manifieste en esta insigne corte de España; lo que por mi parte puedo hacer es el oírlo con toda mi compañía la comedia de quien tiene mas satisfacción, y esta, á fuer de poeta nuevo, se me ha de dar de gracia, que es cosa esta usada; las demás que me contentaren pagaré á como nos concertáremos, que tanto me podrán satisfacer, que haga un empleo para todo mi año, aunque me empeñe; esta noche habrá lugar de leer en mi posada; al anochechar vendrá vuestra merced, y nos manifestará sus gracias en la comedia que quisiere. Esta de la *Señoresa de Vizcaya* he de leer primero, dijo él, que es la que ha de ser apoyo de mi fama. He reparado, dijo el autor, en que la llame vuestra merced señoresa, pudiendo llamarla señora, que es vocablo mas usado. Así es, dijo el fingido poeta; pero como simboliza tanto la cadencia de señoresa con princesa, duquesa, marquesa, condesa, baronesa, etc., así la

llamo señoresa, y es cosa de novedad, que como vuestra merced mejor sabe, el tiempo no está para otra cosa, sino para oír novedades, que lo comun y trivial hasta los rústicos no se dignan de oírlo. Cada instante se pagaba el autor del disimulado poeta, que con no poco artificio hablaba de aquel modo con él. Prevínole que no faltase á la hora dicha, con que se despidió de él. Jaime dió luego cuenta á su cuadrilla de cómo había negociado con el autor audiencia, ofreciendo que por su parte le entretendría de modo que pudiesen hacer el hurto; valiéronse de llaves y gauzúas, hurones de las arcas. Llegada la noche, acudió á casa del autor el disfrazado poeta á leer su obra. Ya el autor tenía hecha relacion á su compañía del sugeto que aguardaba y que tendrían con él alegre noche, con que no faltó persona de ella, y en la sala de los ensayos aguardaban todos al poeta, que vino muy disimulado. Recibiéronle todos con cortesés agasajos, haciéndole sentar en una silla, delante de la cual estaba un bufete con dos bujías, y sacando su comedia, encuadrada lucidamente, viendo al auditorio con quieto silencio, leyó así:

COMEDIA FAMOSA DE LA SEÑORES DE VIZCAYA, HECHA POR EL BACHILLER DOMINGO JOANCHO, POETA VIZCAÍNO.

Son las personas que hablan en ella las siguientes:

DON OCHOA, caballero.  
DON GARNICA, caballero.  
GOYENECHÉ CUCHARON, su lacayo.

Tenga vuestra merced, dijo el autor: ¿no le basta al lacayo un nombre? No, señor, dijo Jaime; que el primero es su apellido, y el segundo muy conforme á la propiedad de lo que representa; pues como el cucharon revuelve los guisados, este revuelve la maraña de la comedia. Pase vuestra merced adelante, dijo el autor. Prosiguió diciendo:

GRACEGELINDA, señoresa de Vizcaya (nombre muy propio para las gracias que dice).

GARIBAYA } *criadas suyas.*  
GAMBOINA }

LORDUY, escudero viejo.

ARANCIBIA, mayordomo.

Una herrería.

Pare vuestra merced por amor de Dios, dijo el autor: ¿esa herrería ha de hablar? No, señor, dijo el poeta; pero estáse erre erre allí, porque es necesaria en la comedia. Pues no se ponga, dijo el autor, entre los personajes de ella. Así será, dijo el bachiller.

Trece vasallos de la señoresa.

¿Trece? replicó el cómico; ¿no se pueden reducir á menos número? No, señor, dijo el poeta, porque estos son de trece casas solariegas, y cada uno en su nombre da el voto para casarse esta señora, y el faltar uno era hacer un desprecio de una familia honrada; yo voy muy legal con la historia de Vizcaya, y no querria faltar un átomo de lo que dice. Pues eso se me hace fuerte

cosa llenar la comedia de tanta gente, dijo el autor, que no tengo yo tanta. Alquilela vuestra merced, dijo el poeta, que para una comedia como esta no hará mucho. ¿Hay mas gente? dijo el autor. Si hay, dijo el poeta fingido. Item, *siete doncellas*, que hacen un sarao á su señora á la entrada de Vizcaya. Vuestra merced traza una comedia, dijo el autor, con cosas exquisitas; ¿dónde quiere vuestra merced que busquemos siete doncellas, y mas en esta corte? Señor, no hay medra sin costa, dijo el poeta; doncellas habrá de anillo, ya que no las haya en propiedad, que sean para representar, y estas suplirán la falta de las verdaderas; aunque si se hallasen seria mas propia la comedia. Con eso me ha dejado vuestra merced consolado, dijo el autor, y toda esa cantidad tengo en mi compañía, aunque me valga de las mujeres que no pisan tablado. Vaya vuestra merced comenzando los versos. Así lo haré, dijo el poeta.

Salen en la primera escena don Ochoa, galan primero, y Goyeneche Cucharon, su lacayo, de camino entrambos, con botas, espuelas, fieltros y quitasoles. Pues si fieltros, ¿para qué quitasoles? dijo el autor. Mal sabe vuestra merced, dijo el poeta, lo que es el temple de Vizcaya en verano; señor mío, hay unos aguaceros, que parece que se abren los cielos de agua, y es recísima, y luego sale un sol que derrite los sesos. Bien lo creo, dijo el autor; ahora diga vuestra merced. Sosegóse el poeta, y con buena gracia comenzó así:

OCHOA.

Goyeneche Cucharon,  
Esta es Vizcaya la bella,  
Y este su primer mojon,  
Y aquello que me vuelve á ella  
Es aficion, aficion, aficion.  
Esta es del país la raya,  
Sin que le falte una pizca,  
Hasta donde el mar se explaya.

CUCHARON.

Y por una haya bizca  
Le dieron nombre Vizcaya.

OCHOA.

La señoresa del país  
Es Gracegelinda hermosa,  
El dueño suyo y de mis  
Potencias.

CUCHARON.

Es una rosa.

OCHOA.

Desde Sansueña hasta Paris.  
Mi competidor Garnica  
Entiende hacerme la mueca;  
Mas si este ingenio se aplica  
A atajarle en cuanto pica,  
Yo estorbaré en lo que peca;  
De amor la cruel borrasca  
Pasé, y su furia diabliesca,  
Con la boca de tarasca  
Favores que de ella pesca  
Los masca y aun los remasca.  
Aqui vengo revenido,  
Y reconvenido mas,  
Que amor mucho me ha rendido.

CUCHARON.

De tu fineza tendrás  
En premio...

OCHOA.

¿Qué?

CUCHARON.

Celos y olvido.

OCHOA.

Mucho mi astucia machucha  
En buscar favor acecha,  
Para gozar de esta trucha.

CUCHARON.

Pero poquito aprovecha,  
Que no has de verte en la lucha.

OCHOA.

Este es el palacio, aquel  
Estuche que fiel me guarda,  
Mas que alentado lebrél,  
La vizcaina alabarda  
De dama, que asiste en él.  
Llama á la vela.

CUCHARON.

A candil,

O vela.

Aquí sale uno de los trece, que se llama Chavarría, con un candil en la frente, y dice desde lo alto de un castillo, que ha de estar formado en el tablado:

CHAVARRÍA.

¿Quién, pesía tal,  
Viene pasado el abril  
A llamar con furia tal?  
¿Es corchete ó alguacil?

OCHOA.

No soy corchete ni broche,  
Sino un hombre que despacha  
Cuanto topa á troche y moche.

CHAVARRÍA.

Pues no se me da una hilacha,  
Desde el punto del alba hasta la noche.

CUCHARON.

Tu cólera aquí se aplaque;  
Aunque este mozo contra tí peque.

OCHOA.

¡Oh pesía su badulaque,  
Quién se volviera alfanegue  
Para castigar á este traque barraque!

Consideró el auditorio que si con estos versos continuaba el referir una larga comedia de quince pliegos, que sería darles á cada uno un tabardillo; y así con un murmurio sordo comenzó á alterar el silencio. No deseaba otra cosa el fingido bachiller; pero dando un golpe en el bufete, con que hizo temblar las dos bujías, dijo en alta voz: Señores, *tacete, tacete*; no entendía el lego auditorio el latin; y así se comenzó á alterar mas, hasta matar las luces; desvainaron luego botas de camino, talegazos de arena, y en forma de culebra de cárcel, se vió una confusion en aquella sala, de donde salió el poeta maltratado y perdida su comedia; harto le pesó despues de haberse puesto en aquel lance, por donde juzgó á los peligros que se ponen los poetas pésimos, que se atreven á leer sus comedias á gente maleante y figona, reservando los comedidos, para que cada uno piense serlo él. Lo que resultó de la culebra fué que la cuadrilla de Jaime, que eran tres buenas lanzas, no se descuidó, porque con su buena maña dejaron al autor sin el dinero de las fiestas. Llevóse en casa de Jaime, adonde se partió dándole á él de conformidad, y por tener parte en la traza de su esposa, doscientos escudos mas. El siguiente dia, que el autor quiso comenzar á sacar galas, acudiendo á su dinero, vió

el cofre abierto y que faltaba de él dinero; quedó del susto sin sentido. Preguntó á su mujer quién habia entrado allí, y no supo darle razon alguna. Hizo luego varias diligencias, dando cuenta á la justicia; visitaron las calles vecinas al mentidero, y fué sin provecho. Fué lastimado el autor á dar á su protector cuenta del suceso; mas el príncipe, entendiendo que era estafa, no le creyó. Cayó malo de pesadumbre, con que se le fué creyendo la mala burla, atribuyendo á tener parte en ella el poeta, el cual fué buscado con mucho cuidado; mas no pareció, que él se supo guardar y sus compañeros. Con esto fué condenado el príncipe á darle la hurtada cantidad, que estas generosidades han de hacer los que nacieron con mas prerogativas que otros. Al

fin el autor convalació en breve con la restauracion de su dinero, á costa de la generosa mano que lo suplió; con todo, no cesaban los alguaciles de hacer averiguaciones del hurto y de buscar al poeta; lo cual sabido de Jaime, dando cuenta de ello á su esposa, le aconsejó que dejasen á Madrid, pues tenian dinero con que poder pasar en otra parte tomando algun trato; siguió su parecer el mancebo; y así, dejando á Madrid, se fueron á Aragon, donde en su metrópoli la insigne ciudad de Zaragoza tomaron casa, y en ella pusieron tienda de mercaderías de seda, ocupándose en este tráfico el tiempo que les duró la vida, la que pasaron dedicándose á actos de virtud, á fin de enmendar en parte sus extravíos pasados.

FIN DE LA GARDUÑA DE SEVILLA.

## LA INCLINACION ESPAÑOLA.

POR

ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.

GOBERNABA el poderoso reino de Polonia Casimiro, prudente y esforzado rey, temido de sus enemigos, y amado de sus vasallos; este en las guerras que tuvo con sus comarcanos reyes siempre salió vencedor, porque asistia en ellas, sin exceptuarse del cuidado y trabajo que causa el peso de la guerra, considerando que la presencia del rey en ella acrecienta el brio del soldado para pelear mejor, pues como conoce que su dueño le mira, procura aventajarse para gozar despues el premio que merece por sus hazañas. Conociendo esto Casimiro, premiaba á sus soldados, viniendo por sus puños á verse en mayores estados, y de esta suerte tuvo en sus ejércitos valientes capitanes que le ganaron ricas provincias, con que era el rey mas temido de la Europa. Entre los capitanes que mas se señalaron en las guerras que tuvo con el de Dinamarca y Moscovita fué uno que acertó á venirse de España por cierta desgracia que no refiero. Era un gran caballero de las calificadas casas de Castilla; vínose con su mujer, que á esto le obligó temer una violencia de un rey airado, con quien estaba descompuesto por medio de émulos suyos, que envidiaban sus partes y valor. El nombre de este caballero era Enrique, y el de su esposa amada Blanca; tan lealmente sirvió á Casimiro, que le obligó á darle premios muy iguales á sus grandes servicios, con que llegó á verse conde en la corte de Polonia.

Un dia que el Rey salió á caza, libre del trabajo de la guerra, que no se la daban sus contrarios de temor, despues de haber muerto dos jabalíes y un ligero corzo, quiso descansar en la márgen de una clara fuente, adonde, no con majestad de rey, sino con llaneza de igual á sus caballeros, quiso merendar en su compañía: accion que no disminuye la majestad real, usada tal vez, antes acrecienta amor en los súbditos. Despues de haber merendado se trató de varias materias, y entre ellas del esfuerzo de todas las naciones. Los polacos se daban el primer lugar entre todas, y el segundo al español; otros se apasionaban por el francés, otros por el húngaro; en efecto, hubo diversos pareceres entre ellos,

estándoles atento á todo Enrique con mucha nota de Rey, porque conoció que por modesto no celebraba su nacion, cuando merecia tan buen lugar entre todas; y para meterle en conversacion, le dijo el Rey: Amigo Enrique, ¿qué es la causa porque alabando todas las naciones, dándoles el lugar que merecen ó su pasion les dicta, tú estás tan mudo, pudiendo dar voto tan bien como todos, segun conozco de tu prudencia? A esto respondió el cuerdo caballero: Serenísimo señor, en competencias tales, que suelen resultar de ellas disgustos, nunca yo doy mi voto; fuera de que seria ignorancia mia introducirme á darlesiendo extranjero, donde tantos caballeros naturales hablan con tanto acierto. Con todo, dijo el Rey, gustaré de oírte, y así te mando que en este particular digas tu sentimiento. Porque la obediencia me obliga, dijo Enrique, habré de obedecerte; y así digo, que en las victorias se conoce el mayor valor, pues cuantas mas se ganaron, eso adquieren de fama á la nacion que las consiguen; y si hemos de dar crédito á las historias, es cierto que por ellas se sabe que nacion ninguna ha alcanzado mas nombre, por las grandes victorias que ha tenido, que la española; esta belicosa nacion parece que nació solo para aventajarse á todas las demás en el valor y en la bizarría; y la mayor señal de que es esto que digo cierto es ver que todas las naciones en poniéndose en competencia de otras, todas se dan á sí el primer lugar en el valor, porque es cierto que cada una se ha de alabar á sí, y luego el segundo le dan á la española; de donde se infiere que, reconocida esta por segunda de todas, viene con esto á ser la primera. Y porque vuestra alteza vea cuán inclinados somos los españoles á las armas, si se pudiera hacer una experiencia que diré, lo conociera mejor. ¿Cual es? dijo el Rey, que por dificultosa que sea, yo la haré poner en ejecucion. Es, dijo Enrique, tomar un niño pequeño que apenas haya hecho mas que dejar el pecho de su madre ó ama, y encerrar á este tal en una parte oscura donde no vea la luz del sol, y cuando salga hombre de allí, aunque vea cuanto pueda serle cebo